

Prefacio a “Eurafrica. Los orígenes coloniales de la Unión Europea” (de Peo Hansen y Stefan Jonsson)

Étienne Balibar

Las circunstancias en que, *in extremis*, escribo este prefacio al que estaba muy apegado, tanto por la estima en que tengo a los autores como por la importancia de la cuestión que investigan, me obligan a ser breve. Pero no me inducen a renunciar a ella, sino todo lo contrario. Cualquiera que se interese por África debería leer este libro, y también cualquiera que se interese por Europa. Y también cualquiera que se interese por el mundo, del que no cabe duda que África y Europa, juntas y por separado, son actores indispensables. Pero, ¿por qué «Eurafrica», este extraño compuesto (a la vez cercano y sin embargo muy diferente, genealógicamente, de algunos otros de los que oímos hablar mucho actualmente, como «Eurasia»)? Estamos acostumbrados sobre todo a adjetivar las «relaciones euroafricanas», la «asociación euroafricana», aparentemente inocentes, puramente descriptivas. Pero periódicamente resurge el nombre, con su énfasis y sus promesas implícitas, que quizá no sean sino la otra cara de ciertas fatalidades: ¿qué significa? ¿A qué y a quién sirve? ¿Cuáles son sus implicaciones? ¿Y de dónde procede en primer lugar, y cómo pueden sus orígenes seguir considerándose determinantes de sus usos? Estas son las preguntas que Peo Hansen y Stefan Jonsson se proponen aclarar a través de una minuciosa investigación en el corazón de los archivos políticos y diplomáticos, junto con un análisis preciso de las circunstancias históricas y las fuerzas que los enfrentaron.

Creo que su libro marca un punto de inflexión en la forma en que nosotros -ciudadanos europeos y especialmente europeos de nacionalidad francesa- hemos «construido» la Unión Europea que hoy forma nuestra comunidad de destino (de forma activa y voluntaria para algunos, pasiva o incluso a regañadientes para otros). Y por eso su lectura -por otra parte, perfectamente utilizable a pesar de toda la erudición de la obra- debería atraer a un público amplio, más allá de los especialistas en ciencias políticas y en historia del siglo XX.

Hansen y Jonsson insisten con razón en que su investigación permite reenfocar (mediante la *descentralización*) la representación dominante de la historia de la UE. Porque, como demuestran, el proyecto de unidad euroafricana, política y económica, con sus sucesivas «geometrías», pero también su notable continuidad entre la primera posguerra y la conclusión del Tratado de Roma, no fue un aspecto marginal (y mucho menos una rémora, un obstáculo a eliminar) en la construcción europea, sino al contrario uno de sus aspectos centrales y determinantes. Al interesarse por este proyecto, este libro renueva una historiografía centrada en las perspectivas de superación del «nacionalismo» (y sus consecuencias asesinas) en Europa, y en las más o menos convergentes que constituyen su «base material», o proyectadas en un horizonte mundial (y progresivamente globalizado) cuyas principales dimensiones son los desplazamientos de hegemonía y los enfrentamientos entre bloques, pero ignorando con demasiada frecuencia (o al menos minimizando) la «relación euroafricana» como factor «externo-interno» de la construcción europea. Este factor es decisivo. Más concretamente, si no se tiene en cuenta, la relación de los otros dos sigue siendo incomprensible y se ignoran la mayoría de sus aspectos. El libro de Hansen y Jonsson no sólo aborda un tabú, sino que restaura los contornos de una estructura completa.

¿Cuál es el propósito de esta restauración? Evidentemente, como deja muy claro el subtítulo del libro, pone de relieve los orígenes coloniales de la Unión Europea (heredera de las anteriores organizaciones comunitarias, pero «fundada» por el tratado de 1957, que selló la unión de los seis miembros fundadores, preludio de las posteriores ampliaciones y

compromisos en el debate sobre la intensificación «política» de la comunidad de intereses económicos). Se trata, pues, de lo que, en la Unión tal como es hoy, sigue llevando la marca del colonialismo, del «legado» de la colonización y de los procedimientos para su «superación» (que puede ser una forma de conservación, siguiendo la famosa regla puesta por Tomasi di Lampedusa en boca de su héroe, el príncipe Salina en *El Gatopardo*: todo debe cambiar para que todo se perpetúe). Cuestión, pues, de «postcolonialidad», por utilizar el término deliberadamente ambiguo acuñado por Achille Mbembe en su libro de 2000 al que dio el título *De la postcolonie*, y que desde entonces se ha convertido en un concepto universal que controla toda una parte de nuestra comprensión de la historia contemporánea y de la geografía que la sustenta.

Esta investigación del problema se desarrolla en dos planos complementarios y tiene en cuenta una periodización precisa, reflejo de condicionantes políticos y geopolíticos ligados a «puntos de inflexión» decisivos. Los dos planos son, por un lado, el de los proyectos de organización e institucionalización de la unidad entre «grupos» europeos y africanos (es decir, colonizadores y colonizados), activos desde principios de la posguerra (en particular en la obra de Richard Coudenhove-Kalergi, promotor de la *Paneuropa* en 1923 y posible inventor de la propia expresión “Eurafrica”) hasta el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial (en particular en los proyectos de Jean Monnet y otros «padres fundadores» de la unidad europea); por otra, la de las negociaciones, las más de las veces muy reñidas, que, con éxitos y fracasos (como el de la Comunidad Europea de Defensa en 1952), culminaron en la Comunidad Económica Europea, y cuyos protagonistas fueron los responsables políticos de la diplomacia europea de posguerra (Schuman, Spaak, Adenauer, Mollet y otros), detrás de los cuales se cernían tanto el nuevo «hegemón» estadounidense como los portadores de los grandes intereses de la colonia.

En cuanto a la periodización, oscila en torno a dos acontecimientos sucesivos que, no dudaremos en afirmar, «cambiaron la faz del mundo» y, en consecuencia, obligaron a replantear por completo la idea de Eurafrica: por un lado, la Segunda Guerra Mundial, que incluye a los grandes imperios que se habían repartido África desde finales del siglo XIX (es decir, esencialmente Gran Bretaña y Francia, y en segundo lugar Bélgica y Portugal, ya que Alemania había quedado excluida del «reparto» que, sin embargo, había presidido desde el final de la Primera Guerra Mundial); esta idea de Eurafrica sale debilitada y, sobre todo, confrontada a un movimiento antiimperialista ahora irresistible; por otra, el desastroso fracaso de la expedición franco-británica de 1956, tras la nacionalización del canal de Suez por el gobierno revolucionario del coronel Nasser, que suena como la manifestación del poder de los «no alineados» y que, para Francia, lleva aparejada una correlación con la guerra de independencia argelina.

Con el telón de fondo de estos dramáticos acontecimientos, lo que emerge claramente a lo largo de la investigación realizada por Hansen y Jonsson es que la idea de Eurafrica siempre ha incluido tanto una dimensión ofensiva, presentándose como un proyecto de extensión e intensificación de la colonización, a la que la «puesta en común» de las capacidades de inversión europeas (a pesar de las violentas rivalidades que se oponen a ella) conferiría una dinámica superior, como una dimensión defensiva, obsesionada por el progreso de la descolonización, en particular tras las grandes emancipaciones de los pueblos de Asia, permitiendo que la «asociación» de los pueblos europeos y africanos se presentara como una «refundación» de su interdependencia. La envoltura ideológica común a estas dos dimensiones, cuyo equilibrio varía en función de los portavoces que las adoptan, del lugar desde el que hablan y de los intereses de los que son portadores, está obviamente constituida por un discurso de progreso, desarrollo y civilización, cuyo «vector» estaría siempre unilateralmente dirigido de Norte a Sur, a través del Mediterráneo «original», y que por consiguiente nunca se liberaría de un **racismo sistémico** del que está impregnada toda la idea de Eurafrica.

Los necesarios matices con los que debe acompañarse una elaboración de estas cuestiones se encontrarán más adelante, pero ahora quisiera destacar (entre otros que merecen atención) tres puntos estratégicos que -quizá por la forma en que están contruidos mi propia memoria histórica de este periodo y mis propios compromisos- me llamaron especialmente la atención.

El primero se refiere a la intensidad de la contradicción francesa en el corazón de esta historia, y a los conflictos de intereses que traduce (de los que está muy claro que, incluso desplazados a nuevos terrenos, están más que nunca en juego en la política o en los movimientos político-militares franceses de hoy). En realidad, el libro de Hansen y Jonsson puede abordarse desde un doble ángulo, sobre todo porque se centra en los avances posteriores de la construcción institucional de Europa, de la que Gran Bretaña es espectadora más que actor: como la historia de Eurafrica que «dobla» a Europa, y como la historia de «Françafrique» que tanto se «aloja» en los pliegues de la primera (o concibe a la segunda como su propia extensión) como se opone a ella (en la medida en que sigue siendo un proyecto autónomo, incluso cuando se reduce a la defensiva), o trata de subyugarla. Es evidente que, una y otra vez, la dirección política del imperialismo francés, miembros de las formaciones políticas que participan en la alianza de facto entre la socialdemocracia y el «bloque burgués», intentaron encontrar en Europa apoyos diplomáticos, financieros e incluso (indirectamente) militares, sin los cuales resultaba cada vez más difícil «mantener» y «reforzar» su imperio (incluida Argelia), y prohibir al mismo tiempo a sus competidores ejercer una soberanía compartida con Francia. Sin duda, a este respecto, a pesar de algunas continuidades sorprendentes (en el Sáhara), el regreso al poder del general De Gaulle en 1958, en las condiciones que conocemos, provocó cambios estratégicos pero no rupturas fundamentales (como demuestra la renovación de la alianza personal de los políticos franceses con el canciller alemán Adenauer, cuya intensa y duradera implicación en Eurafrica es una de las revelaciones de este libro), pero esto requeriría un debate especial que excede el ámbito de este estudio. Como mucho, encontramos los pródromos en la evocación del Programa de Brazzaville[1].

El segundo punto estratégico que me llama especialmente la atención es la insistencia en el problema *demográfico* y la *obsesión por las migraciones*. Evidentemente, el hecho de que estemos leyendo esto en un momento en el que el drama de los ahogamientos masivos y la «guerra de los migrantes» entre África y Europa se agrava día a día, y en el que la teoría del llamado «Gran Reemplazo» parece penetrar cada vez en más países y fuerzas políticas, tiene mucho que ver. Pero, sobre todo, lo que llamará la atención del lector es la inversión de las perspectivas típicamente «poscoloniales» a la que estamos asistiendo: hasta después de la Segunda Guerra Mundial y los trabajos preparatorios del propio Tratado de Roma, que obsesionaban a los ideólogos y dirigentes políticos europeos, es el declive demográfico de Europa al que el desarrollo común de África podría ofrecer una salida (al invertir en ella, enviamos mano de obra cualificada, y por tanto «civilizada», a instalarse en África). Es significativo que se invoque esta perspectiva para neutralizar los conflictos intraeuropeos relacionados con la migración (por ejemplo, en Francia, los «riesgos» para el empleo y la paz social que entrañaría la afluencia de emigrantes italianos expulsados por el subdesarrollo del Mezzogiorno y otras regiones de la Península). Pero también forma parte de las preocupaciones expresadas por los dirigentes políticos africanos, incluso favorables a la perspectiva general del «co-desarrollo» (como Senghor) y deseosos de proteger el empleo de los ciudadanos africanos. Evidentemente, hoy en día, la Europa institucional y buena parte de su clase política renuevan esta obsesión en el otro sentido: una asociación euroafricana debe protegernos a «nosotros» de la afluencia de emigrantes y refugiados, mientras que la opinión pública africana ve en la violencia ejercida contra los emigrantes de origen africano y, más en general, en el trato discriminatorio al que se somete a la diáspora africana en Europa (y en particular en Francia) uno de los signos más evidentes de la continuación del colonialismo[2].

Por último, me llama la atención un tercer punto que insiste de manera un tanto «espectral»: se trata del hecho de que el proyecto *Eurafrique* tiene como antítesis y -desde un punto de vista colonialista- como doble amenaza el desarrollo del panafricanismo, es decir, un proyecto de unificación política y económica de África que no sólo es independiente de los planes y proyectos de desarrollo elaborados por las potencias coloniales, sino que presupone una ruptura histórica en la continuidad de las relaciones de explotación. Esto es evidentemente lo que toda la política francesa, antes y después de la creación finalmente abortada de la Unión Francesa, había intentado evitar buscando el apoyo de Europa.

Tal vez habría sido interesante decir algo más sobre este punto (aunque conviene ceñirse al «objeto» bien definido de este libro), en particular por la relación con dos cuestiones que el hecho de centrarse en las etapas de la construcción institucional de Europa puede llevar a marginar: por un lado, la presencia intermitente del África anglófona en el discurso de *Eurafrica* y, por tanto, las relaciones «horizontales» entre los países africanos que pertenecieron respectivamente a los imperios británico, francés y belga; por otro, el papel desempeñado en la evolución de la relación de fuerzas entre los pueblos por la lucha organizada contra el «comunismo» no sólo por Europa, sino también por América, más allá del episodio de Suez, y que desembocó, como sabemos, en una sangrienta represión de las «revoluciones africanas» y en la eliminación sistemática de sus dirigentes. Desde este punto de vista, junto a las muy interesantes variaciones de actitud de los dirigentes de la Unión Francesa (como Houphouët-Boigny y Senghor, que simbolizan las dos caras de la «dependencia en la independencia»), hay que situar la alianza de Nkrumah, Sékou Touré y los movimientos antiimperialistas de los años cincuenta y sesenta para hacerse una idea completa de las actitudes africanas frente a *Eurafrica*. El libro está escrito ciertamente desde un punto de vista «eurocéntrico» por el reverso o el lado oculto que quiere revelar para la construcción europea, pero requiere con toda naturalidad esta contrapartida.

Lo que me lleva a algunas breves observaciones de actualidad para concluir. Una obra de historia no debe «prefigurarse el futuro» y ésta se centra en una secuencia bien definida -evidentemente decisiva-, que sólo está conectada con nuestro presente a través de varios cambios de escenario nada insignificantes. La Europa de la que somos ciudadanos es, y no es, la del Tratado de Roma, pero el África contemporánea está quizá aún más profundamente transformada en su cultura, su demografía y su vida política, a pesar de los estigmas de la colonización que arrastra sobre sí y que la influyen tanto interna como externamente. Sin embargo, la notable persistencia del tema de *Eurafrica*, a pesar de su profunda ambigüedad, o más bien a causa de esa ambigüedad, parece indicar que la alternativa de la que depende su futuro (y el nuestro) no está, al parecer, entre la renovación perpetua de la colonización y lo que el difunto Samir Amin denominó «desconexión» (es cierto que con ello no se refería a un aislamiento de África, sino a una migración de sus pueblos y sociedades de un «sistema» alternativo dominado por el Norte a un «sistema» alternativo autoorganizado por el Sur)^[3].

Lo que hace falta es una «*Eurafrica* alternativa», y además radicalmente transformada, capaz de revolucionar la economía de las relaciones internacionales (y, más allá, de las relaciones de la humanidad con su entorno). Pero esto sólo puede concebirse bajo dos condiciones (al menos), que están históricamente vinculadas. La primera es que África desarrolle libremente asociaciones multilaterales con todas las partes del mundo, como su historia le invita a hacer, exactamente del mismo modo que Europa se ha constituido y renovado históricamente mediante asociaciones y relaciones multilaterales con el Sur (África), el Oeste (América) y el Este (Asia). Podemos pensar que esto es lo que está ocurriendo ahora mismo, en contra de la idea y las prácticas de exclusividad que son una de las huellas más persistentes del espíritu colonial. Lo que significa también que «nosotros», los europeos, deberíamos aprender de África y pasar por África cuando se trata de intercambios con otros continentes. Y al hacerlo, tocamos la segunda condición, de la que en realidad depende todo:

la erradicación del racismo, omnipresente en los discursos que este libro ha puesto en escena, desde el «horror negro» hasta el insufrible «plan de desarrollo» paternalista (e interesado), de manera obscena. En este sentido, el libro de Hansen y Jonsson no cierra el futuro, sino que demuestra que el futuro necesita una verdadera revolución cultural para cerrar realmente el pasado.

París, 14 de marzo de 2022

NOTAS

[1] La conferencia de Brazzaville fue organizada durante la Segunda Guerra Mundial, del 30 de enero al 8 de febrero de 1944, por el Comité Francés de Liberación Nacional (CFLN), con el fin de determinar el papel y el futuro del imperio colonial francés. Al término de esta conferencia se aprobó la abolición del Código Indígena. En la conferencia se adopta la propuesta de Félix Éboué de una política de asimilación en favor de las colonias. De Gaulle subrayó que el vínculo entre Francia y sus colonias era «definitivo» y la declaración final de la conferencia rechazó categóricamente «toda posibilidad de evolución fuera del bloque francés y toda constitución, aunque fuera remota, de autogobierno». Recordemos que el Partido Comunista Francés también estaba a favor de la «Argelia francesa» [2].

[2] Esta preocupación es particularmente insistente (y es objeto de «preguntas» transformadoras) en el informe que Achille Mbembe redactó a petición del presidente Macron con vistas a la « Nueva Cumbre África-Francia» del 8 de octubre de 2021: *Les Nouvelles Relations Afrique-France. Relever ensemble les défis de demain*, octubre de 2021, serie «Informes Públicos» de la República Francesa (descargable en <https://www.vie-publique.fr>). Achille Mbembe ha sido criticado por aceptar un puesto oficial de este tipo, sobre todo en un momento en el que las formas militares de la presencia francesa en África se estaban volviendo claramente insoportables, y uno puede unirse a algunas de las críticas (de las que se defendió en particular en el sitio web de la AOC en un artículo titulado «Afrique-France: la disruption», <https://aoc.media/opinion/2021/10/12/afrique-france-la-disruption/> y véase también <https://blogs.mediapart.fr/christophe-courtin/blog/231021/disruptions-franco-africaines> y <http://effimera.org/lattuale-questione-neocoloniale-versus-la-riparazione-e-il-perdono-del-colonialismo-di-salvatore-palidda/>). Sin embargo, en su informe hay abundante material para extender al presente ciertas cuestiones estudiadas por Hansen y Jonsson.

[3] Samir Amin, *La Déconnexion. Pour sortir du système mondial*, La Découverte, París, 1986. Nota de S.P. : Balibar, así como los autores del libro, no dicen gran cosa sobre un hecho que tuvo una importancia crucial: el llamado frente de no alineamiento, es decir, los países que buscaban un espacio no subordinado o incluso alternativo a las dos superpotencias y su sistema bipolar (que nació en Yalta) fue sistemáticamente saboteado y duramente combatido por este sistema -incluso con asesinatos y golpes de Estado sin fin directamente por EE.UU. en Occidente, en América Latina y Asia, y en el Este en la URSS, pero también en algunos países independientes como Argelia por los soviéticos (recuérdense, entre otros, los asesinatos de Partice Lumumba y Thomas Sankara, etc.), la invasión de Hungría, luego Checoslovaquia, la prohibición de la Yugoslavia de Tito, etc.), así como los asesinatos de Estado en la India y en otros lugares. El Movimiento de Países No Alineados (MNOAL) nació en 1955 en la conferencia de Bandung (Indonesia), organizada por Sukarno, por iniciativa de Josip Broz Tito (Yugoslavia), Jawaharlal Nehru (India) y Gamal Abd el Nasser (Egipto), líderes de los países que se negaron a ponerse del lado de las dos superpotencias de la guerra fría. El MNOAL está formado por 120 Estados, más otros 17 Estados observadores que se consideran no alineados con las grandes potencias mundiales, o en contra de ellas, es decir, más de dos tercios de todos los Estados del mundo; desde 2019, el secretario general es el presidente de Azerbaiyán. Entre todos estos 120 Estados, la inmensa mayoría, si no todos, están lejos de ser considerados países

que luchan consecuentemente contra el neocolonialismo sin aceptar chantajes y acuerdos de flagrantes connotaciones capitalistas-liberales, ni siquiera países que protejan a sus habitantes desde la perspectiva de los derechos humanos, es decir, contra formas de superexplotación y neoesclavitud, especialmente de niños y mujeres. De hecho, las clases dirigentes de estos países son *agentes* de poder, en el sentido de «intermediarios del poder» en todos los ámbitos en nombre del dominante extranjero que prevalece en su zona, disfrutando así de una clase de riqueza y beneficios que pagan, precisamente, los superexplotados.

Publicado en EFFIMERA

<https://effimera.org/eurafrika-le-origini-coloniali-dellunione-europea-prefazione-di-etienne-balibar/>